Sor Natalia

[Cuento - Texto completo.]

Villiers de L'Isle Adam

Antiguamente, en Andalucía, en el ángulo de un camino montañoso, se levantaba un monasterio de la Orden Tercera franciscana; aquel claustro, aunque a la vista de otros conventos que velaban unos por los otros, estaba sobre todo protegido por la devoción que imponía entonces el aspecto de una gran cruz colocada ante la entrada, en la que una campana tañía dos veces al día. Una capilla profunda, cuya puerta no se cerraba jamás, se abría sobre tres peldaños, y el camino bordeaba por un lateral la tapia del monasterio. A su alrededor, llanuras feraces, árboles aromáticos, hierbas en las cunetas, aislamiento y camino polvoriento.

Un enervante crepúsculo de otoño, en el fondo de la capilla se encontraba arrodillada, y con hábito de novicia, una joven cuyos rasgos eran de una belleza suave y conmovedora. Estaba ante una hornacina situada en un pilar de cuya bóveda colgaba una solitaria lámpara dorada que iluminaba una Virgen con los ojos bajos y las manos abiertas, dispensando gracias radiantes, una Virgen celestial en actitud de *Ecce ancilla*.

Desde el camino, y por las vidrieras opuestas, se oían subir las notas frescas y sonoras de un cantor de serenata acompañado de una bandurria cordobesa. Las lánguidas frases, ardientes de pasión, de audacia y de juventud, llegaban hasta la iglesia, hasta sor Natalia, la novicia arrodillada que, con la frente apoyada sobre los brazos cruzados a los pies de la Señora, murmuraba con voz desolada:

-Señora, bien lo ves: estoy llorando y te suplico que no me prives de tu compasión, pues no es sino desfallecida y angustiada -y con tu santa imagen en el fondo de todos mis pensamientos- como me voy a exiliar de aquí. ¡Oh, Reina de la pureza! ¿Tendrás piedad de la que, por un amor mortal, deserta del pórtico de la salvación? ¿Estás oyendo? Esa voz, en su ferviente fidelidad, me está implorando. Si no voy, ¡él va a morir! ¿Cómo condenar los desvaríos que ha soportado tanto tiempo sin esperanza y sin queja? ¿Cómo persistir en no consolar al que tanto ama? Tú, Señora, que sabes cuánto te amo, y cómo me reconforta venir aquí cada tarde a suplicarte, perdóname. Aquí está mi velo, aquí la llave de mi celda; a tus pies los deposito. Pero, ¡no puedo más, me ahogo… esa voz… me atrae… adiós, adiós!

De pie, vacilante, sin atreverse a levantar los ojos, sor Natalia dejó la santa llave y el velo a los pies de la azul Señora de dulce rostro de luz, de ojos bajados y a la vez dirigidos hacia ¡qué cielos y qué estrellas! Luego, apoyándose en los pilares, llegó hasta la puerta y después de un instante la abrió: descendió los peldaños y se encontró en el camino que se prolongaba hasta la lejanía, bajo la claridad de una gran luna que iluminaba el campo.

-¡Juan! -llamó.

Al escuchar esta llamada apareció un joven, de perfil dominador y mirada ardiente de alegría, que saltó del caballo y envolvió con su capa a la que, por fin, había venido hacia él.

-¡Natalia! -dijo.

Y, sujetándola acurrucada entre sus brazos sobre el caballo, partieron veloces hacia la casa solariega cuyas torres se perfilaban a lo lejos bajo las sombras lunares.

* * *

Transcurrieron seis meses de fiestas, de amor, de encantadores viajes por Italia, a Florencia, a Roma, a Venecia: él feliz y ella con frecuencia pensativa, pues las caricias de su ardiente raptor, aunque amorosas y embriagadoras, no eran las que la inocencia de su corazón le había hecho esperar. De repente, de regreso a Cádiz, una mañana soleada, sin que una sola palabra le hubiera advertido, se despertó sola, sin anillo nupcial, sin la alegría de un hijo siquiera; su amante, cansado de ella, había desaparecido.

Con un profundo suspiro, la joven dejó caer el sombrío billete que le anunciaba la soledad, pero no se quejó pues estaba resuelta a no sobrevivir. En pocas horas, tras haber distribuido entre los pobres el oro que le quedaba, en el momento preciso de librarse de la vida, un pensamiento, un cándido pensamiento se adueñó de ella: quería volver a ver, solo una vez más, una sola, a la Señora de antaño para darle el supremo adiós. Por lo que, vestida de penitente y mendigando algo de pan por el camino, se dirigió al monasterio, hacia la capilla más bien, pues ya no podía volver a entrar junto a las vírgenes fieles. Tras unos cuantos días de camino y cuando oscurecían los tonos azulados de un hermoso atardecer resplandeciente de astros, llegó temblorosa y extenuada ante al santo lugar.

Recordaba que, a esa hora, sus antiguas compañeras se hallaban retiradas en oración en sus celdas, y que, bajo los altos pilares, la iglesia debía hallarse tan desierta como la noche del rapto. Empujó pues la puerta y miró: ¡no había nadie!, solo allá lejos y bajo la lámpara siempre encendida, la Señora. Entró y, de rodillas, avanzó sobre las blancas losas, hacia su celestial amiga e, inclinada y sollozando, dijo al llegar a los pies de Aquella que perdona:

-¡Oh! ¡Señora! ¡No merezco clemencia! Cuando la tentadora voz me suplicaba, no sabía, no sabía cuánto abandono, cuánto oprobio reserva el amor mortal ¡Qué vergüenza! Voy a morir pues, desterrada de cualquier asilo de los míos, sobre todo de aquí… ¿Cuál de tus hijas, ¡oh Madre mía!, no me recibiría con un gesto de espanto si me viera en esta capilla? ¡He perdido la esperanza queriendo consolar a otro!

* * *

Entonces, cuando las silenciosas lágrimas de Natalia caían sobre los pies de la Divina Elegida, la joven dirigió una mirada suprema, repleta de adiós, hacia la Señora, y se sobresaltó con súbito éxtasis, pues vio que los sagrados ojos la miraban, que los labios de la estatua se abrían y que la celestial Señora le decía dulcemente:

-Hija mía, ¿no lo recuerdas? Antes de dejarnos me confiaste tu velo y la llave de tu celda. Te he reemplazado pues aquí, realizando bajo ese velo todas las tareas que exigen tus votos, ninguna de tus compañeras se ha percatado de tu ausencia, toma pues lo que me confiaste, regresa a tu celda, y… no te marches nunca más.